

Domingo XXII – Sigamos al Señor con nuestra cruz

El domingo anterior meditamos el episodio de la Confesión de Cesarea, en la que Simón se convirtió en el primero en proclamar la fe en Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador, y Jesús como respuesta le impuso el nombre de “Pedro”, por ser la piedra sobre la cual edificaría su Iglesia. Sin embargo, rápidamente quedó en evidencia que Pedro no comprendía suficientemente las implicancias de la fe que él mismo había proclamado.

En efecto, en la escena siguiente, cuando Jesús anuncia por primera vez su Pasión, Pedro se escandaliza, pierde la conciencia de cuál es su lugar, y actúa como si él fuera el maestro y Jesús el discípulo: lo lleva aparte y lo reprende. Y podemos comprender su reacción: la cruz era el instrumento de ejecución más humillante y cruel; el Mesías debía triunfar, no fracasar, y menos aún en una cruz.



Pero Jesús le responde con severidad: “¡Apártate de mí, Satanás!” Pedro, involuntariamente, había dado voz a la tentación de Satanás, que a lo largo del Evangelio es siempre la misma: que Jesús evite la cruz. Jesús le advierte a Pedro: ese modo de pensar, que rechaza el camino de la cruz, es el modo de pensar mundano, no el de Dios. Y, a continuación, Jesús, lejos de retractarse, da un paso más, dirigiéndose ya no sólo a los apóstoles sino a todos, incluidos nosotros: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga”.

Es un evangelio que solemos evitar en lo posible, porque nos incomoda. En el fondo, sentimos el mismo rechazo de Pedro. Como él, posiblemente interpretemos el llamado de Jesús a tomar nuestra cruz como un llamado a elegir el sufrimiento o, por lo menos, elegir una vida con mayor sufrimiento que la del común de las personas. Pero semejante elección sería imposible, aunque quisiéramos: naturalmente deseamos ser felices, felices aquí y ahora, no sólo en la eternidad. Una cosa es aceptar con resignación el sufrimiento que nos toca, y otra muy distinta elegir el sufrimiento por sí mismo.

Pero ¿es esto, realmente, lo que quiere decir Jesús? Cuando exhorta al creyente a “negarse a sí mismo”, no lo está llamando a inmolarse, a destruir su propio anhelo de felicidad. Por el contrario: lo invita a renunciar a ser el centro del mundo, a liberarse de sí mismo, *para* poder darse a sí mismo, es decir, para pasar del amor egocéntrico (en el cual los demás son satélites de nuestro mundo) al amor oblativo, de donación. Ese desprenderse de sí para darse implica, sin duda, sufrimiento. Pero la alternativa, aferrarse a sí mismo, también implica sufrimiento. Es más, entre ambos tipos de sufrimiento no hay comparación posible: el sufrimiento del amor es un sufrimiento con sentido, que no se contrapone a la felicidad verdadera, sino que en algún sentido se integra en ella. En cambio, el sufrimiento del egoísmo es un sufrimiento vacío de sentido, pura amargura y frustración.

Sufrir o no sufrir, es decir, la presencia del sufrimiento en la vida real no es una elección, porque es algo inevitable. Pero sí depende de nuestra elección sufrir por una razón o por otra: por amor o por egoísmo. *La cruz no es sinónimo de sufrimiento, sino que representa la opción por el amor y la felicidad verdaderos*, aunque, como dijimos, ese camino implique sufrimiento. Y Jesús nos ayuda a entender este sentido con las paradojas que formula a continuación:

- “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará”. El que se aferre a su vida, terminará arruinándola; el que renuncie a ella por amor, la recibirá de un modo nuevo, como vida plenamente realizada.
- “¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?” De nada nos serviría cumplir con todos los objetivos que nos proponemos en este mundo si nos perdemos a nosotros mismos. Ningún éxito particular podría compensar el fracaso de nuestra vida entera.

Por lo tanto, el llamado que Jesús nos dirige equivale a la exhortación de Pablo en la segunda lectura (Romanos 12, 1-2): “yo los exhorto por la misericordia de Dios a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios: este es el culto espiritual que deben ofrecer”. La misma entrega de amor de Jesús en la cruz, que actualizamos en cada eucaristía, es la forma que debe adoptar nuestra propia vida.

Y esta enseñanza paulina la ha expresado la Iglesia de muchas formas. En *Magnífica humanitas* (n.48) León XIV nos recuerda una afirmación del Concilio: “el ser humano está llamado a la comunión con Dios y «no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo» (*Gaudium et spes*, 24)”. Y añade: “su vocación más profunda es la de entrar en el movimiento trinitario del amor recibido y compartido”. Por esta razón, la entrega total de Cristo es la forma del amor que está llamado a imitar todo el que lo sigue (Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, 20).

En conclusión, todos los creyentes debemos afrontar el desafío de Pedro: superar el escándalo de la cruz, aprendiendo a pensar no “como los hombres” sino “como Dios”. Si Pedro fue capaz de aceptar el martirio (y en la cruz, según la tradición) fue porque entendió la lección de Cesarea: la cruz es ante todo amor, y “tomar la cruz” es participar de la entrega de Cristo, el único de la felicidad verdadera, que se inicia ya en este mundo y desemboca en la vida eterna.

P. Gustavo Irrazábal

30-08-2026